



Las semanas siguientes recorrieron la comarca de pueblo en pueblo, y el anciano mermaba su carga de hierbas a la par que engrosaba su bolsa de dinero. Para Pichín aquellos días fueron muy positivos, ya que aparte de intimar con el anciano, aprendió de él muchas cosas de la vida. Cuando aquella zona del condado se agotó, decidieron emigrar hacia otras tierras más lejanas.

El camino era duro, dormían al cobijo de lo que la naturaleza les proporcionaba, una oquedad, un frondoso bosque o simplemente alguna corraliza medio destruida, pero mejor eso que nada, ambos tenían buen conformar. Paradójicamente el asno era el más exigente y remiso a detenerse, quizá 'soñaba' con un buen pesebre repleto de abundante comida fresca y una amplia

cuadra con lecho pródigo en dorada paja donde retozar, en cualquier caso al liberarlo de su carga accedía de buen grado.

Cuando empezaron a escasear el agua y las provisiones, Pichín le dijo al anciano.

- "Maestro" - deberíamos encontrar pronto un pueblo donde hacer negocio y reponer viandas.

El "maestro" le miró y con una sonrisa le dijo:

- No temas Pichín mañana llegaremos a la posada "El Buen Amor" que poco honor hace a su nombre, pero esto todavía eres mozo para entenderlo, si bien de aprendizaje quizá te podrá valer... -

Al amanecer los tres -pues al asno también lo contamos - se pusieron en marcha, presentían aquel oasis en forma de posada que pronto debían avistar, y así fue, tras el recodo de un gran peñasco, en aquel áspero camino, apareció una arboleda frondosa y en su centro la ansiada posada, no parecía un edificio demasiado lujoso, pero sí amplio y con abundantes caballerizas.

En efecto, la posada "El Buen Amor", por su propia condición y emplazamiento, era punto de encuentro de arrieros, tratantes, militares, frailes, mendigos, extranjeros, comediantes, y todo tipo de transeúntes y forasteros.

Un enorme y vetusto cartel de madera, maltratado por soles y lluvias apenas dejaba leer las toscas letras de su nombre, pero a buen seguro que sería un lugar idílico para ellos que precisaban comida caliente y un lecho más o menos blando.

Como era hora temprana, el posadero se encontraba sentado en la puerta mientras su mujer daba de comer a las gallinas, que en un cercado próximo revoloteaban alborotadas.

- Buenos días señor posadero.- se adelantó el "maestro".

- Buenos, sí tenéis con que pagar, ya que pienso por vuestro aspecto, que precisáis de mi humilde posada.



paco ponce

- Así es, queremos un buen baño, comida, cena y un lecho donde poder descansar estos ancianos huesos, los de mi joven amigo y para mi burro, pesebre tampoco ha de faltar.

-Pasad pues que ajustemos el precio, que por adelantado debéis abonar, mientras el muchacho descarga al burro en la cuadra que ocupará vuestro asno.

La mujer del posadero una señora espigada y de pocas carnes, que desde el corral de gallinas había permanecido atenta a la conversación, salió al encuentro de Pichín, secándose las manos en una esquina del delantal.

- Vamos que yo te indico donde debes alojar al borrico y su carga.

Pichín atendió las indicaciones de la mesonera, dejó en un pequeño cuarto, a cuyo fondo había aperos de labranza, los fardos con las preciadas hierbas medicinales y una vez liberado el burro de carga y arneses lo encaminó a la cuadra.

El dueño del establecimiento los llevó por una escalera que daba a la parte superior del comedor y taberna, abrió la puerta les entregó una llave y sin mirarles dio la vuelta y marchó diciendo:

- A las dos del medio día se come.

La estancia era de pocos lujos pero tenía dos apetecibles camas de aparente mullido colchón y una mampara tras la que se encontraba una bañera llena de agua.

Pichín le cedió el turno al anciano que se bañó, chapoteando como un niño, luego le siguió él, con igual alborozo, ambos ya aseados parecían más rejuvenecidos. Lo siguiente fue probar las camas, que admitieron como excelentes, comparadas con las mantas sobre el suelo de los últimos días.

Tras descansar un corto espacio de tiempo, el reloj y sus estómagos señalaron la hora prevista para comer

por lo que decidieron bajar a la planta que hacía las veces de comedor.

Repararon en que solo habían tres o cuatro mesas ocupadas por lo que podían elegir, se sentaron y mientras esperaban ambos frente a frente se sintieron más unidos, era una de las pocas veces que se encontraban en esa situación, lo que les animó a hacer proyectos y planificar el recorrido para las próximas jornadas, fueron interrumpidos por el posadero que les acercó una jarra con vino.

El anciano se sirvió un vaso a rebosar del tinto, que saboreó con deleite chasqueando la lengua a cada trago, parecía estar disfrutando de un placer largamente acariciado, Pichín le miraba, entonces el maestro le dijo.

- Un poco joven eres para saborear este líquido de dioses, pero qué demonios, echa un trago que merecido lo tienes.

Pichín, no quiso confesarle que siempre había esperado ese gesto del “maestro” ahora tenía la oportunidad de conocer el sabor del vino que le acercaba un poco más a las costumbres de los hombres, tomó el recipiente que le sirvió el anciano y como él fue bebiendo a sorbos el rojo líquido.

Luego les sacaron un puchero de humeantes alubias con chorizo, que les sirvieron en sendos platos para terminar dejando el cucharón de madera en el interior del puchero, para que dieran buena cuenta del resto.

Cuando se retiraba el posadero, el anciano le preguntó por la poca clientela

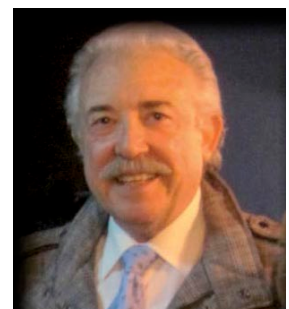


que acudía a comer, este soltó una fuerte carcajada y le contestó:

- Este lugar cambia mucho por las noches...ya verán...ya verán.

Una vez sus estómagos satisfechos, se retiraron a la habitación a descansar, estaban deseosos por tumbarse sobre las blandas camas.

Pronto cayeron en brazos del señor de los sueños y durmieron con placidez.



FRANCISCO PONCE CARRASCO

info@franciscoponce.com

www.franciscoponce.com